

IV.

Y así siguieron hasta que llegaron á la media noche al castillo de un rico hombre llamado Domingo de Fonseca, que aunque leonés era amigo de la reina.

Acampó el ejército alrededor del castillejo, pero se supo con asombro que durante la noche, y hasta que se rompió la marcha, el caballero del Aguila Roja habia estado preso en el castillo, bajo la guarda del Sin nombre, y que no se habia dejado entrar en el castillo á don Alfonso Perez de Guzman.

Achacóse esto á alguna diferencia sobrevenida entre los dos capitanes, y á que la reina, teniéndolos á los dos en mucho, habia impedido de aquella manera que se combatesen, y así, separados Guzman el Bueno y el caballero del Aguila Roja, llegó la córte con el ejército á Palencia.

CAPITULO VII.

EN QUE SE DICE LA SITUACION DEFINITIVA EN QUE QUEDÓ ZAYDA FATIMA POR ÓRDEN DE LA REINA, Y POR DONACIONES DE ESTA Y DEL REY DE GRANADA.

I.

¿Cuál podia ser la causa de la enemistad de dos tan poderosos y fuertes caballeros, á quienes tan por igual favorecia y distinguia públicamente la reina?

La maledicencia empezó á tomar cartas en el negocio: pero no anticipemos los sucesos.

Llegaron á Palencia rey, reina, magnates, capitanes, caballeros, mesnaderos y hueste, y de allí á pocos dias se trasladaron á Valladolid, donde por la presión que el infante don Enrique ejercia sobre la reina, se escribieron cartas reales á todos los concejos, mandándoles enviasen personeros á Cuellar para celebrar córtes.

Como el infante don Enrique, que segun dijo Guzman el Bueno se habia vuelto loco, á consecuencia, segun digimos nosotros, de una copa de vino enmelado caliente que le habia dado

su mujer, seguía ejerciendo una nociva influencia sobre los negocios públicos; aconteció que una de dos, ó la cantidad de acónito puesta en el vino por la Palomilla no era bastante, ó era de muy mala calidad, en descrédito de los conocimientos químicos de Diego de Moron, el Zurdo. La verdad fué que mucho ó poco el acónito, bueno ó malo, bastó para causar una revolución tal en el organismo del infante don Enrique, viejo ya, como que contaba sus setenta, que le trastornó la cabeza, haciéndole parecer loco de remate.

Pero don Abraham y don Kag, médicos del rey, y don Nicolao, médico de la reina, y otros físicos y curanderos de Valladolid, y á mas de esto, el autor del daño, Diego de Moron, que como curandero se habia hecho una gran fama, trabajaron de tal manera á instancias de la reina, que llevaba su generosidad hasta el punto de mirar por la vida de sus enemigos, que á fuerza de sangrías, de emplastos y vegigatorios, sacaron al infante de su locura, pero no pudieron curarle cierto humor negro que le quedó, que le hizo mas atrabiliario y mas perjudicial que antes.

II.

Habia acontecido además en la córte una gran novedad y otra gran novedad en la hueste.

A los dos días de haber llegado la reina á Valladolid, entró por la puerta de Teresa Gil en la villa, sobre dos magníficas mulas blancas, una hermosa litera.

Rodeaban esta litera pajes á caballo, que á legua trascendian á casa real.

Iba tras la litera, con algunos criados de casa noble, un personaje que ya conocemos, esto es, don Nuño Perez de Monroy, en una gran mula con jaeces negros.

Después un álferez de las lanzas reales, con ocho hombres de armas pesadamente armados, sobre grandes corceles, como en resguardo de la litera.

Andaba Valladolid apercebido por lo que pudiera acontecer, ya de aproximaciones de enemigos por el exterior, ya de movimientos escitados por traidores y ambiciosos en el interior, y á pesar de ser conocidamente aquellas lanzas reales, hubieron de rendir una seña á los guardas de la puerta, para que los dejaran pasar.

La litera atravesó la calle de la Cordonería, que ya no existe, llegó á San Pablo, y desde allí siguió hasta el Alcázar, en el cual se metieron litera, pajes, abad, criados, y el álferez hubo de rendir otra vez la seña, para entrar, como quien dice, en su casa.

III.

Cuando la litera hubo llegado al pié de las magníficas escaleras, se detuvo.

Bajó de su mula con trabajo, y ayudado por dos pajes, el abad de Santander; llegóse á la litera, la abrió y salió una dama encubierta, que al bajar de la litera dejó ver un pié embriagador.

La dama llevaba traje de luto, es decir, una ancha túnica de lana blanca, y envolvía su cabeza con una especie de toca, de lana tambien, pero mucho mas fina y algo trasparente, á pesar de lo cual nada podia vislumbrarse de su semblante.

La dama subió gentil, gallarda, firme, las escaleras; llegó á las galerías, entró, llevada siempre de la mano por el abad, y seguida por los pajes, en la saleta del cuarto de la reina, ó mejor dicho, en lo que podia llamarse saleta, en la cual se quedaron los pajes, y con el abad cruzó la antecámara y la cámara, y entró en la recámara ó despacho de la reina.

Al entrar se desenvolvió la toca, que rodeaba su cabeza, y dejó ver á Zayda Fatima, hermosísima, encendida, sobreescitada, anhelante.

El abad se quedó en la puerta.

Zayda Fatima se arrojó á los piés de la reina y la besó las manos.

La buena doña María la alzó, la abrazó, y la besó en la frente.

Estaban solas y podia hacerse esto, porque tan leal y tan de la reina era don Nuño Perez de Monroy, que podia hacerse caso omiso de su presencia.

IV.

—No olvidaré nunca, dijo la reina, al caballero del Aguila Roja, pero le quiero mejor así, que cubierto de acero y á caballo.

—¡Ah, señora! exclamó Zayda Fatima, Dios ha peleado conmigo por vuestra señoría y por el rey; Dios ha fortalecido mi brazo, pero vuestra señoría ha querido que yo vuelva á su lado á la córte, y yo he obedecido. Observad, señora; me parece que al desprenderme de mi arnés, he dejado en él mi bravura, y que estas ropas, propias de mi sexo, me han traído la timidez, la debilidad de que yo me creia de todo punto libre.

—¿Y por qué ese luto? ¿Por el caballero del Aguila Roja? preguntó la reina.

—¿No ve vuestra señoría, contestó Zayda Fatima, que mi luto está tambien en mi semblante?

—¿Pero qué sucede? exclamó la reina.

—Pronto vuestra señoría recibirá cartas de mi hermano el rey de Granada.

—¿Cómo! ¿ha muerto vuestro padre?

—Sí, noble señora, sí, contestó Zayda Fatima.

Y se echó á llorar.

—¿Dónde? ¿cómo?

—En Gezira al-hadra¹, de fiebres pestilentes.

—¡Oh, Dios mio! exclamó la reina profundamente conmovi-

¹ *Isla verde*, en el estrecho de Gibraltar.

da, á pesar de que era uno de sus mas encarnizados enemigos el rey de Granada.

Hubo un momento de silencio penoso.

Zayda Fatima lloraba: le oprimian á la reina el corazon las lágrimas de su amiga, que tal podia llamarse á la jóven.

V.

—Dios haya tenido misericordia de él, dijo la reina: era un buen rey, un buen caballero y un bravo capitán: ¡gran lástima fuese infiel! yo haré que se digan sufragios por su alma: ¿pero estais segura de esa triste nueva, doña María?

—Señora, contestó Zayda Fatima enjugando sus lágrimas y apareciendo en lo posible serena: cuando en Palencia me mandásteis dejase mi apariencia de hombre para volver á aparecer como debia, y á vuestro lado, partí con mi compañía, llegué á Medina del Campo, y juntándonos fuera de la villa, me despedí de ellos: inútiles fueron sus ruegos: obedecia yo vuestro mandato: les dejé por caudillo al conde don Lope, y con mis cuatro antiguos escuderos, seguí mi camino hácia la Andalucía, sin detenerme hasta la villa de Martos. Allí esperé dos dias, triste, afigida por un funesto presentimiento: la villa me parecia sombría, fúnebre: una voz secreta, misteriosa, me decia que allí habia de suceder algo terrible: al pensar en esto, me acordaba de una manera singular del rey y de vuestra señoría. Al fin, sobrevino don Nuño Perez de Monroy, enviado por vuestra señoría con pajes y escuderos de vuestra casa: entonces, yo despedí á los cuatro escuderos míos, recompensándolos largamente y mandándoles saliesen de la villa y se volviesen á las suyas: quedéme sola con el buen abad de Santander. Al dia siguiente, los moros de la cercana villa de Alcaudete dejaron ver grandes lumbraradas por la noche, y por la mañana grandes humaredas: se temió una algarada de los moros, y Martos se puso en defensa. En efecto, los de Alcaudete rompieron por la frontera, á pesar

de la tregua, corrieron la tierra de Martos, talándola y robándola, y fué necesario que el rico hombre de Martos, y el merino y los alcaldes, saliesen contra ellos: yo hubiera salido de buena gana, pero obedeciéndooos, habia ya dejado de ser el caballero del Aguila Roja, me habia convertido en vuestra camarera doña María de Granada: permanecí, pues, impaciente en la villa, porque aún me llamaba el fragor de la pelea: por la tarde, los de la villa, volvieron cargados de presas que habian quitado á los moros, y trayéndose algunos de estos cautivos. Cuando se les preguntó por qué habian roto la tregua sin razon bastante para ello, respondieron que entre muerte y proclamacion de rey, los fronterizos eran libres para hacer lo que quisiesen, porque no tenian señor á quien obedecer; que mi padre habia muerto, y que ellos habian hecho aquellas lumbraradas y aquellas humaredas para avisar á la frontera de lo que sucedia y ponerla en armas: esta noticia se confirmó por un walí, que vino de Granada á dar satisfaccion á los de Martos en nombre del rey Abu-Abdala, mi hermano, por la correría que habian hecho en tierras de Martos los de Alcaudete. Hé aquí, señora, cómo he sabido que mi padre es muerto, y que mi hermano Abu-Abdala, que me ama mucho, ha sido proclamado rey. Hé aquí, señora, por qué me he vestido de luto.

Zayda Fatima inclinó la cabeza sobre el pecho, y lloró de nuevo.

La reina la consoló, y algunos dias despues, Zayda Fatima fué presentada á la córte, inventándose una historia.

Se afirmó (la reina se prestó á una mentira por el buen nombre de la noble jóven, á quien tanto debia) que Zayda Fatima, cuando faltó de la córte, se fué á Granada, donde la habia llamado su padre, y que á la muerte de este (que ya se sabia en la córte por embajadores que habia enviado el rey de Granada) y tenido licencia de su hermano el nuevo rey, habia vuelto á Castilla para no separarse mas de su madrina la reina doña María.

VI.

Los embajadores granadinos que habian traído la triste noticia, trajeron tambien una carta del rey su hermano para Zayda Fatima.

Aquella carta decia:

«En el nombre de Dios Altísimo, único y misericordioso, el rey de Granada Abu-Abdala-Mohamed-ben-Nazar-el-Ansarí, hijo del esclarecido emir de los creyentes, el invencible, el sabio, el magnánimo, el fuerte, el glorificado Mojammet-ben-Jusef-ben-Nazar-el-Ansarí; Dios sea con él; á su hermana, la luz del cielo, la alegría de quien tiene la ventura de ver el resplandor de los soles de su cara serena como una noche sin nubes; la buena, la amada sultana Zayda Fatima, salud y bienandanza: sabrás como nuestro muy esclarecido y escelente padre ha pasado el terrible puente Sirat el dia giuma primera de muharram, al alba, y yo, que estaba á su lado para recibir su último aliento vital, le escuché estas palabras: El contento de mi corazón, la luz de mi alma, el amor de mi vida, mis entrañas, mi hija Zayda Fatima, está en tierra de cristianos: traicion la sacó de Granada, y su buena ventura la llevó á que la amparase la noble reina doña María, madre del rey de Castilla: airado fuí contra mi hija, porque la creí liviana, y porque ha tomado por su Dios al falso Dios de los cristianos, abandonando el camino de salvacion y de luz por donde guia á sus creyentes el Dios Altísimo y único, que no tiene compañero, ni le ha tenido, ni le tendrá, y que solo es el santo y el fuerte: él quiera volver la luz á los ciegos ojos de mi desventurada hija; pero tales nuevas he tenido de su virtud y de la bravura con que honra la real sangre nazarita de donde viene, y lo mucho que ha servido y sirve con su sangre á la buena madre que la ha acogido en su amor, que yo la perdono, y te ruego que la ames y no la mires como enemiga, y que de los tesoros que te dejo la des á ella parte

con que viva como cumple á una infanta, hija y hermana de rey, y que si permanecer quisiese al lado de la noble reina doña María, permanezca, sin que por ello tú la tomes en odio, y que si á tí viniese y se convirtiese, la pongas sobre tu cabeza y sobre tu corazón, y la mires como yo la miraría si hubiera venido á consolar la vejez de su padre y á cerrar sus ojos: y no dijo mas, porque la muerte le atajó el habla; pero yo oí que sus últimas palabras fueron para bendecirte, y yo te digo, hermana mia, sultana Zayda Fatima, que el amor que siempre te tuve te le he mantenido y te le mantengo, y lo que nuestro padre me encargó al morir, será cumplido, tanto porque fué su postrimera voluntad, como porque está en mi corazón tu amor. Pero esto, no obstante tu amistad con la noble reina doña María, que dicen que es grande, no impedirá el que yo continúe haciendo cruda guerra á los reyes cristianos y aumentando mi reino con lo que de los suyos les quite, y si tú quisieres venir á Granada, yo te recibiré con el corazón abierto y encendido en amor para tí, y si despues de que vinieses quisieses tornarte al lado de tu buena amiga la reina doña María, libre serás para ello, y si villas y castillos de los míos quisieses en la frontera, para tener infantazgo, pídemelos, que aunque me pidieras Alcaudete y Alhama, y á Illora, y á Moclin, y á Hins-Aleux, te los daría; y con esto, queda con Dios, y que él te proteja y te prospere y ayude en sus cosas, que bien lo há menester, á esa noble reina que tanto te ama.»

VII.

Mostró esta carta Zayda Fatima á la reina, y como á doña María la habian hecho recelosa los malos tratos de los traidores, creyó que aquella carta no era otra cosa que una añagaza para atraer á Zayda Fatima, si por amor á la patria, y viéndose perdonada por su padre y acariciada por su hermano, se resolvía á ir á Granada.

—¡Ah, no, mi noble señora, no! respondió Zayda Fatima: mi hermano Abu-Abdala me debe mucho para que no me ame, á mas de que tengo grandes prendas de su amor: alentado fué y antojadizo en su primera juventud, y mas de una vez, por el amor que mi padre me tenia, le libré yo de severos castigos; y tanto me ama el buen Abdala, que su madre me llama, y yo espero que este amor que mi hermano me tiene será de gran utilidad para que se arreglen todas las diferencias entre el rey de Castilla y el de Granada.

VIII.

Pero Zayda Fatima, como veremos mas adelante, si no se engañó en cuanto al amor que la tenia su hermano, se engañó completamente en cuanto á la influencia que este amor podia tener para establecer una buena armonía entre la corona de Castilla y la de Granada.

Ni esto podia ser: los reyes castellanos tenian un empeño de honor, un deber religioso y un interés patriótico y de engrandecimiento en acometer sin reposo á los últimos restos de los árabes y de los moros, relegados al reino de Granada, por una tenaz reconquista.

El rey Abu-Abdala envió, sí, ricos presentes, magníficas alhajas, grandes sumas en doblas viejas de oro cendrado, y la investidura de las villas de Illora, Moclin y Alcaudete, como infantazgo á su hermana Zayda Fatima, con tal que de estas villas sacase solo los pechos y todo cuanto en ella tenian los reyes de Granada, pero sin desajenarlas del reino y sin sacar de ellas gente de armas para ayudar á los cristianos.

IX.

Desde entonces, Zayda Fatima fué considerada en la córte de Castilla como la infanta de Granada doña María de Granada y de Molina, convertida y vasalla del rey de Castilla, á lo que se añadió el título de rica hembra y las villas de Pozaldez, Cabezón y Trigueros, con mero mixto imperio, derecho de alta y baja justicia civil y criminal, con todos los demás fueros y preeminencias que en aquellos tiempos constituían señorío.

Con lo cual quedó Zayda Fatima tan rica como una infanta de Castilla, y puso alcaides en sus villas de Pozaldez, Cabezón y Trigueros, y en las sus otras villas del reino de Granada, Illo-
ra, Moclin y Alcaudete.

Además, conservó consigo á Zancudo y á Diego de Moron, y como hasta cincuenta lanzas gruesas de su antigua compañía.

CAPITULO VIII.

EN QUE DIEGO DE MORON DETERMINA QUE ZAYDA FATIMA Y EL CABALLERO DEL AGUILA ROJA ERAN DOS PERSONAS DISTINTAS AUNQUE SE-
MEJANTES.

I.

—Os digo que sí, decía con los ojos encandilados y fosforescentes á Diego de Moron, Zancudo.

—Os digo que no, contestaba flemáticamente Diego de Moron, engullendo con delicia uña de vaca aderezada con peregil.

Esta uña de vaca estaba en gran cantidad en una tartera de barro cocido sobre un paño no muy limpio, que cubria una larga mesa.

Un gran jarro lleno de vino, un enorme pan candeal y algunos pimientos picudos acompañaban esta tartera.

El lugar de la escena era un cuartucho que daba sobre un huerto, en el burdel de la Marilinda, situado en el arrabal de los Molinos.

La disputa versaba sobre Zayda Fatima ó doña María de Granada y de Molina, como mejor queramos.